

los productos en su ataud de lata que usaba en la otra vida.

—Coma despacio que así presta más—. La hija me vigilaba con sus ojos de cuidadora del padre joven—. ¡Comía antes así?

—En cinco minutos contados, cualquier cosa: algunas veces, en los restaurantes automáticos, metía una moneda en la ranura, salía la ración tasada, un boudoir con fuerte condimento para engañar el paladar, y la devoraba por la calle. Todo era así en la época de donde vengo: la vida nos la bebíamos de un sorbo, la deglutíamos, tragándola a lo pavo.

—En vez de paladearla... Lentitud, no tenga usted prisa.

—Esto me lo dijo otro vecino que acudía a hacerse también de mi familia; éramos la familia humana, estábamos dentro de un solo latido mirándonos con una sola sonrisa. Recordé el egoísmo impermeable de antaño: cuando viví encerrado en mí, hostil, presentando una superficie lisa a los demás para que no pudieran agarrarse, impenetrable y con cara de nada; el rostro era un medio de esconderse detrás, presentando una máscara fría, y la palabra, hiel de separar el alma de las almas.

Jugamos como mozalbetes a las cartas, haciéndonos trampa para reírnos, dando a la trampa—el juego del juego—todo el valor de ingenio y travesura que tiene: no arriesgábamos sino la riqueza de nuestro gracejo, que centelleaba en la conversación, entregados a lo cordial. Al ser conveniente me dieron las buenas noches y me llevaron a la alcoba: me esperaban sábanas de hilo hilado allí, con calidad de corteza de pan, colcha bordada por las mujeres con estilizaciones curiosas, almohada con regazo de olor a manzanas.

—¿Dónde está el botón de la luz eléctrica?

—La luz eléctrica no dejaba ver las estrellas y se suprímio.

Cerraron la puerta, dejándome solo con amor alrededor, en las otras habitaciones, sensación que también desconocía. ¡Aquellas casas de ignorados en todos los pisos, aquellos departamentos anónimos! La posada era hogar, y el rescoldo de la chimenea calentaba los buenos propósitos, dormidos toda la noche. ¡Ah, y era verdad, allí estaba el cielo! Jamás le había dejado venir a cubrirme, a apretarme. A lo sumo, le eché una mirada distraída por si iba a llover... Y allí estaba el cielo, desconocido para el desgraciado hombre del siglo xx: goteando estrellas, con su lejanía ni negra ni azul, densa y suavizada, entrando en mí con su calma pesant. Le miraba temblar, moverse inmóvil en su radiosa vida, mi vida se le unía, se entregaba a la altura de pulpa marina, se dejaba llevar y disolver en su insensible fuerza. De pronto me di cuenta de que me faltaba algo. Había saltado el tapón del ruido, del atroz ruido que trepidaba en mis nervios desde que nació, que resonaba en mi cerebro al tratar de reposar, sin dejarme nunca dormir completamente. Estaba en el centro del silencio macizo, de lo sordo absoluto, opaco, mudo. Caí en su pozo, que me encerraba hermético: se me durmieron las manos, los pensamientos, las venas, la piel, el pobre cerebro traumatizado, las pestañas, la respiración.

### III

—Está usted recogiendo eso que se le había escapado: lo sencillo—me dijo el maestro, que acudió a visitarme—. Va usted a hacer descubrimientos portentosos.

—Ya he hecho uno. ¿Se ha fijado usted en lo exquisito que es un vaso de agua?

—Veo que vuelve usted a colocar las cosas en su verdadera tabla de valores. ¿Cuántos días lleva aquí?

—Cinco. Vea las comparaciones que he anotado:

SIGLO XX	DESPUES
Vida motorizada .....	Vida saborcada.
Específicos .....	Recetas para cada cual.
Tujo de anhídrido carbónico	Olor a horno de retamas.
Perro fabricado, de lujo;	
caballo fabricado de car-	
rreras .....	Animales sin cruce, ani-
	males del Génesis.
Escribir frenéticamente;	
leer, a saltos, pedazos	Escribir cuando hay algo
heterogéneos .....	que decir; releer.
Asfalto, cemento .....	Piedra, céfiro.
Televisión, cine, gramó-	
fono .....	Hombres y mujeres de
	carne y hueso.
Calefacción y refrigera-	
ción, temperatura gra-	Aire libre, vestidos, ho-
duada .....	guera de leña.
Despertador acelerador ...	Gallo tranquilo.
Trasnochiar, trasnadrugar	Acostarse de día, levan-
	tarse al lucero.

Gafas .....	No mirar lo que no merece la pena.
Estirarse la cara, esfuerzos por rejuvenecerse, y suencia a la ley natural .....	Alegria de envejecer sano para cerrar el círculo de la vida y volver a ser niño.
Un traje mensual .....	Un traje para la ceremonia de vivir.
Moda .....	Estilo.
Imitaciones .....	Costumbres.
Utensilios y aparatos .....	Lo manual.
Afeitte y toñido de las jóvenes .....	Color de los sentimientos.
Impasibilidad .....	Romanticismo.
Cinismo .....	Claridad.
El negocio .....	El ideal.
Lo inmediato .....	Lo eterno.
Trabajo como maldición...	Amor al oficio.
Proletario .....	Labrador, artesano.
Los conocidos .....	El viejo amigo.
El teléfono .....	La conciencia.
La canoa .....	La barca de vela y remo.
Preocuparse con lo que sucede a miles de kilómetros; insolidaridad con lo que nos rodea ...	Pocos, cerca y bien avenidos; la mano en la mano.
No intimidarse por nada...	Temor de perder la buena fama.
Ansiedad .....	Paz.
Cambio incessante: ansia del todo .....	Permanecer en el todo.

—No está mal—comentó el maestro—. La lista fuera interminable, porque abarcaría cuanto existe. ¡Ay! Si no se hubieran decidido a frenarse, los hombres hoy, serían autómatas.

—Pero, ¿qué es lo que sucedió? Nosotros, hacia la mitad del siglo xx no nos dábamos cuenta.

—Lo ocurrido es que por el año 1925 empezaron a separarse la Cultura y la Civilización. Eran dos líneas superpuestas que se confundían a lo largo de las Edades históricas; y por esa fecha cada una se fué por su lado con cierta velocidad; se produjo el desequilibrio, y el Hombre estuvo a punto de auto-aniquilarse.

—¿Cuál fué el motivo?

—La invención de la Máquina. Tan desafortada fué la invasión de la Máquina en la Vida, que, primero, la Máquina suplió al Hombre; después, la Máquina dió vida, fabricó, en progresión creciente, infinitas máquinas; y la consecuencia: el Hombre se redujo a imitación, se convirtió en Máquina. Nosotros llamamos a esa Edad histórica Edad de la Desvida porque la Vida humana se puso al servicio de la Mecánica, de la vida de la Máquina: el Espíritu se hizo esclavo de la Materia. Insensiblemente se cruzó de un límite a otro en las etapas; con el vapor y el gas adquirió el Hombre un instrumento auxiliar; con la electricidad aparecieron, insólitos, las máquinas raptoras del hombre, las que tenían infinitamente más velocidad que él; se le burlaron, paseándose por el mundo, enlazándole, haciéndole pequeño, aglomerándole; la tercera etapa la cubrió el motor de explosión. Era aquel maquinismo tan mágico, que el Hombre, dominado y humilde, se puso a adular y a servir con servilismo a la Máquina, sin poder ya domarla. Convirtiós en un engranaje más, en una ruedecita del sistema de ligazones de máquinas y supermáquinas que devoraban la Tierra. Desaparecieron el Tiempo y el Espacio porque desapareció la Distancia, su ecuación. Los hombres se hablaban de polo a polo, y perforada la estratosfera, desayunaban en Madrid, almorzaban en Buenos Aires, cenaban en Oslo y dormían en Shanghai para desayunar, al día siguiente, en Dakar. La Máquina achicó la Tierra y, además, la uniformó. Esto fué lo más dañino; que la Vida, en la Era de la Máquina, fuese igual en un punto y otro, sin sorpresas ni contrastes. Se llegó a un rasero, a un tipo de vida convencional y convenido, con costumbres que se repetían en el cruce de todos los meridianos con todos los paralelos. El alma del hombre se sometió al troquel único.

—Es cierto.

—Eso originó la nueva psicología del Hombre. Inventó el comunismo, que era el concepto de la Máquina aplicado al ser humano. En la construcción social, la Máquina era la superestructura, lo que dominaba y estaba por encima; el Hombre, la infraestructura, la organización en beneficio del tiránico maquinismo. Lógicamente, el Hombre, por medio de la idea comunista, tendió a hacerse máquina también porque había perdido su cualidad de director y su orgullo de rey de su universo. Amputado de sus sentimientos y de sus ideas fundamentales, quiso reducirse a un organismo fisiológico—una má-

quina de carne—y no pensar, ni sentir, ni obrar sino en función de su trabajo para producir. Se convirtió en una simple biela: por una punta recibía el impulso y le transmitía por la otra. Era ya un animal sin albedrío, sin fi, sin fantasía, sin originalidad, sin fuerza interior, sin capacidad de rebeldía, sin esperanza.

—Perdimos nuestra individualidad.

—¿Hay alguna Máquina individualizada? Lo que caracteriza al monstruo llamado Máquina es su igualdad de serie y su incapacidad de pensamiento. Lo comunista era: hombres en serie y que no pensasen más que la ración de pensamiento que se les entregase cada día, como a la Máquina se la dotaba de una ración de engrase.

—Y, ¿cómo se desenlazó esa tragedia humana, humana?

—El Hombre, sometido a la maquinización corporal y anímica, estalló; su energía vital, cerradas las válvulas, hizo explosión en forma de guerras. Falso de Cielo, quiso destrozarse la Tierra. Cualquiera bestia feroz hace lo mismo si se le mete en una estrecha jaula: la rompe. Después de tres guerras universales—treinta y seis años de máquinas-hombres y de máquinas-máquinas arrasando el planeta—se llegó, el año 2000, precisamente, a vislumbrar otra vez la Edad de la Cultura como solución; y en ella estamos.

### IV

A los pocos días se me abrieron como unos ojos interiores que me permitían ver y sentir finezas y deliciosas fruiciones inéditas. Ninguno de los de mi generación sabíamos lo grata que era la penumbra, el gozar la media luz tamizada que delicadece los objetos, les esfumina las aristas agresivas y crea en el ámbito una envoltura de tibieza de luz: en la penumbra aflora el sentido oculto de lo lírico, y en un examen sereno dialogamos con la introspección y pensamos en su justa fidelidad lo más sensible. El horror a la oscuridad de la Civilización, que no es más que miedo a quedarse solo, porque entonces se descubre el vacío, le había yo cambiado, ganando, por la semioscuridad en que uno se halla a sí mismo y se encuentra las oscuras razones cuando se vive la Cultura. También me fué dado un amigo como lo soñé en mi Desvida. Sabía por experiencia lo que es estar charlando con otros, pero ausente mentalmente; entonces conocí lo que es estar llamados y juntos: especie de comunicación de la confianza y del afecto que tanto se asemeja a la silenciosa compañía del alma. Otra cosa en que me perfeccioné: el acercamiento a los animales. Me llenaba de alegría ese mundo que la Civilización da de lado—el animal odia a la Máquina y la Máquina no es apta para el animal—, ese submundo conviente, interesante hasta subyugar, bello con inesperadas hermosuras, misterioso, religioso; ese mundo pueril y perfecto de los insectos, aparatosos delicadísimos; de las aves, imágenes transeúntes de nuestros ensueños; de los peces, tristes más que la muerte; de los animales grandes y varios más cercanos a nosotros, que pisan lentos y nos miran con dulzura, me sedujo con su terror de hecho sobrenatural y con su infinitud. Viajar, que en el siglo xx era una vulgar operación de meterse en un dirigible o en un paquebote, entonces, en el siglo xxi, era disfrute de un año de sensaciones. La perplejidad del punto a donde dirigirse, elegirle, soñar el sitio en cuya busca se irá (visitar antes con la imaginación), la parsimonia del caminar y el trato con gentes improvisadas, encontradas en el albedrío del azar, y, por fin, el sentido de lejanía inquietadora, distancia de ultramundo de la ciudad que nos atraía y que recorriamos, palpándola, morosos... ¿En qué se parecía ese placer aquietado y dosificado al salto instantáneo, en horas o minutos, en soplar la distancia, de nuestros viajes en proyectiles? Estar solo, con Dios arriba y la Naturaleza—otra emoción desconocida—. Yo la desvelé, rasgué la red tupida que nos separaba a los tres: el que me miraba en su acendramiento recóncito, la Creación, y yo, mayestático, en ella. Paseaba por el llano con montañas de horizonte immaculado, bajo la dulzura llovida del azul y nácar, entre breñas con tranquilas vidas de hierbas y flores, el agua amansada como un buen perro en los arroyos, y las formas inteligentes y dentro de una ley; paseaba devanando la obra que dejaría, en una sola obra donde destilar, a través de mí, esa trilogía de El, la Naturaleza, que era su espejo, y el alma mía, espejo de los dos; paseaba en soledad, también acompañada, en divagar indefinible...

Muchas leves levedades, muchos hondos sentimientos podría apuntar, que estaban en aquella Vida; y no en la otra, miseria del progreso acelerado que se nutrió, como Saturno, de devorar a sus hijos, infravida frenética y artificial del hombre-biela. Sólo quiero, para dulzura de este recuerdo—porque es, melancólicamente, lo digo, un recuerdo—, aludir a lo que es fundamental para un hombre: la mujer.

¿Crearéis que me ilusionaba poder ver, al azar, sabroso, un tobillo? ¡A mí, ahito de mujeres vestidas sin vestido en comidas de etiqueta, película; y tea-

(Continúa en la página 64)